

ENCARNA BERNAT

# No te Muevas

De la autora de *Promesas Rotas*



No te muevas

Encarna Bernat

Puedes seguirme y contactar conmigo por:



[@encarnabernat](#)



[@EncarnaBernat](#)



[Amazon: Encarna Bernat](#)



<http://encarnabernat.com/>



[encaratenea@hotmail.com](mailto:encaratenea@hotmail.com)

Título: *No te muevas*  
© 2018, Encarna Bernat

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

# Índice

[No te muevas](#)

[Las hermanas](#)

[El cumpleaños](#)

[Enamorarse](#)

[Ensalada de tomate con cebolla](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros de la autora](#)

# No te muevas

Todos sus días eran idénticos. No tenía, al menos, la esperanza de poder escapar de aquella vida que la había atrapado por completo. Cayó en ella como si de una tela de araña se tratara.

De vuelta a casa, a la salida del trabajo, después de una jornada partida, caminaba lentamente un día más, mirando los escaparates que encontraba a su paso, imaginándose que era otra persona, alguien especial, diferente. Simplemente alguien a quien los demás vieran. Se paraba frente a los cristales de cualquier tienda y observaba su reflejo. No se reconocía, caminaba cabizbaja, arrastrando su pequeña existencia. No surgía el menor atisbo de alegría en su rostro cuando paseaba por aquella pequeña ciudad de provincias.

En su vuelta diaria a casa, recordaba aquel amor de adolescencia, aquel chico italiano que le prometió amor eterno, aquel joven que le hacía sentir viva de verdad. Recordaba su sonrisa, sus ojos claros llenos de amor por ella, el suave tacto de su piel al abrazarla al salir del agua cuando iban a bañarse juntos cada mañana de aquel verano de 1960.

Se acordaba muy a menudo de aquel muchacho, su primer amor. Se prometieron amor eterno. Le recordaba en cada canción italiana que escuchaba de cualquier época. Cuando en la televisión aparecían cantando Albano y Romina Power, soñaba con que su amor era como el de aquella pareja: eterno. Pero, automáticamente, todos aquellos pensamientos se esfumaban cuando metía la llave en la cerradura y abría la puerta de su casa. Aquel pequeño y cargado manojito de llaves que le pesaba como una condena.

Frente a ella tenía un mundo completamente vacío, insulso, al lado de una persona a la que ya no amaba. Compartía con aquel extraño, que era en lo que realmente se había convertido su marido, sus días y un lado de la cama. En definitiva, compartía con aquel extraño su vida. El silencio reinaba en la casa y ella no tenía ningún motivo para sonreír.

Dios no había querido que tuvieran hijos. ¡Por algo sería! Años más tarde se alegró de ello. Su sonrisa se había difuminado de la cara, su pelo estaba más crispado y las arrugas comenzaban a aparecer por mucha crema que se pusiera y muchas limpiezas de cutis que se realizara semanalmente.

Cansada del trabajo, aquel día, al llegar a casa, tardó un poco más de la cuenta en meter las llaves en la cerradura. Finalmente, realizó aquel acto tan simple, tan sencillo, ese día tan penoso para ella. Encontró a su marido sentado como siempre, frente al ordenador. Le dijo un «hola» así, sin más, sin mirarla si quiera. Sin levantar la vista del teclado. Le hubiera dado igual que entrara el Yeti en vez de su mujer. No se habría dado ni cuenta. Ni siquiera la miró, no hubo un beso, un gesto de cariño, nada.

Ella lo observó por un segundo, apenada. Hubiera querido abrazarlo como entonces... besarlo, reír junto a él. Pero nada de eso había pasado ni iba a pasar. Sintió una profunda tristeza en lo más hondo de su ser. Se preguntaba cuándo ocurrió. ¿En qué momento dejaron de verse? ¿En qué momento se hicieron transparentes? Entonces, se asustó. ¿Y si había sido así siempre? ¿Y si nunca se habían visto? No sabía qué le pasaba. Mejor dicho, en el fondo de su corazón sí lo sabía, pero no quería hacer frente a aquella terrible realidad. Se había equivocado. Se dio cuenta de que se había equivocado al casarse con él. Supo que no podía seguir así por más tiempo. Aguantó unas semanas más dentro de su rutina, pero un día ya no pudo soportarlo y se lo dijo: «Alberto, tenemos que hablar».

Él, como siempre, le decía: «Sí, sí, sí, no te preocupes. El fin de semana hablamos de lo que tú quieras. Ahora estoy muy ocupado».

—No voy a esperar al fin de semana —le anunció ella—. Quiero decir lo que quiero decir y quiero hacerlo ahora.

Comenzó a recoger las pocas cosas que había acumulado a lo largo de estos años junto a su marido. Volvió a pensar en Timo...

Juntos reían. Paseaban cogidos de la mano, mientras miraba a Timo, que así se llamaba su amor italiano. Bueno, en realidad se llamaba Timoteo, pero todos lo conocían por Timo, como en aquella novela de Margaret Mazzantini, *Non te muoveré* —no te muevas—. Se moría por él, escuchando el eco de su voz, sus manos suaves, tostadas por el sol, al acariciarle la cara. Hablaban, soñaban con estar los dos juntos en Italia. Él quería estudiar medicina y ella podría ser su secretaria en la consulta particular que él montaría. Ella le decía que al llegar a Italia se olvidaría de ella y él le respondía siempre: «*Tu sei inolvidable per mi*». Se reía y la abrazaba. Siempre le decía lo mismo. Y seguían paseando, o comiendo helado. Ella se enfadaba cuando él afirmaba que en Italia estaban los mejores *gelattos*. Pero cuando él la besaba de nuevo, con aquella pasión de la juventud sin gastar, ella le sonreía, mirándolo con aquellos ojos llenos de vida y seguían sintiéndose las personas más afortunadas del mundo. No podía creerse la suerte que había tenido de que él hubiera venido de vacaciones a España con su familia. Sus amigas le decían que era guapísimo, que la envidiaban...

Clara estaba radiante, siempre de buen humor, era simplemente feliz. Se sentía dichosa de tener tanta suerte. Se imaginaba visitando la *Fontana di Trevi* con su amor de la mano. Un día, le preguntó a Timo si tenía una *Vespa* y él soltó una carcajada tan grande que ella se le quedó mirando. Empezó a enfadarse. «¿Qué te hace tanta gracia?». Él le respondió: «Oye, ¿tú no has visto muchas películas de Sofia Loren?». Entonces, toda enfadada se levantó de la mesa donde estaban esperando a que les sirvieran una *Coca cola*. Aquella fue su única pelea de enamorados el tiempo que estuvieron juntos. Él le dijo: «Tonta, ven aquí. Yo no tengo ninguna *Vespa*, pero mi amigo Marco, sí. Se la puedo pedir y nos la dejará encantado». Así, sin darse cuenta, como un suspiro fue pasando aquel maravilloso verano, el mejor de sus vidas. Ninguno de los dos lo sabría, no al menos hasta mucho después.

Ella siguió haciendo la maleta con sus escasas pertenencias acumuladas a lo largo de su matrimonio. Se dio cuenta de lo poco que tenía, de que se conformaba con casi nada. Él ni siquiera le preguntó, no hubo ningún esfuerzo por arreglar nada. Ni siquiera notó que hubiera dejado de teclear en su ordenador, pues seguía escuchando el ruido del teclado, de sus dedos golpeando las letras pintadas en blanco sobre un fondo negro, y entonces, ella pensó que solo podían ocurrir dos cosas: o él esperaba que algún día ella lo abandonara y reaccionara como lo hizo, o le importaba muy poco. Quizá ambas cosas. Clara se dio cuenta de que ni siquiera había levantado la vista del monitor. Cogió lo justo y necesario, y lo colocó suavemente en el interior de la vieja maleta, la misma que se había llevado a su luna de miel. Torció el gesto en una mueca y pensó en qué viaje tan diferente iba a emprender ahora. Miró con lágrimas en los ojos la que, hasta aquel momento, había sido su casa. No había nada de ella en aquellas paredes. Todo estaba tal y como él quería. Poco a poco la había anulado. Así, sin darse cuenta, y ella pensó que podría vivir aquella vida insulsa el resto de sus días, que podría envejecer junto a él. Pero reconoció que no podía, no quería malgastar su vida. Al llegar a la puerta del comedor donde estaba sentado como siempre en el sofá, ella le dijo adiós. Él no le contestó. Ni siquiera por un segundo dejó de hacer lo que estaba haciendo en ese momento, fuera lo que fuese. Ella sintió aún más fuerte la

bofetada que él le daba, aquella indiferencia que le hería en lo más profundo de su ser. Se agachó para coger la maleta y le dijo que volvería a por el resto de sus cosas cuando él no estuviera, si le parecía bien. No levantó la mirada, no contestó, siguió como si nada. Ella se fue, cerró la puerta de la calle y salió de aquel portal, de aquella casa, de aquella vida que había sido la suya hasta ese momento. Caminó sin más, solo para tener esa sensación de libertad que hacía siglos no sentía. Aquella noche durmió en la casa de sus padres. Menos mal que no la había vendido. Mañana pensaría qué debía hacer con su vida. Aunque ella lo tenía todo pensado, se dio cuenta hacía ya mucho tiempo, pero en su interior no quería admitirlo. Al día siguiente, se despertó con la sensación de haber rejuvenecido por completo y, de nuevo, hizo el equipaje cuando regresó del trabajo. Pero esta vez se marchaba lejos, lejos de aquella existencia que le hacía infeliz.

Al llegar a Roma no podía creérselo. ¡Por fin estaba allí! ¿Por dónde empezar? Había tantos apellidos como aquel... Marchese en Italia era un apellido muy común.

Clara no se dio por vencida y comenzó a buscar en la guía de Roma, llamó a todos los teléfonos que pudo, cada día llamaba a todos cuanto podía. Por fin pensó, tenía que llamar a los hospitales de Roma. Aunque Timo podía trabajar en cualquier lugar de Italia, se dio cuenta de lo difícil que le iba a resultar dar con él. Era prácticamente imposible. Caminaba admirando cada rincón de Roma. Clara fue a todos los lugares de los que él le habló el tiempo que estuvieron juntos. Caminó por la *Fontana di Trevi* y se paró a tirar una moneda pensando en él, visitó el Coliseo y se recorrió el Vaticano, admirando no solo las estancias, sino la plaza *San Pietro* —San Pedro—. Miraba a la gente, personas como ella. Algunos, turistas; otros, simplemente italianos que se dirigían a sus quehaceres diarios. Ella estaba feliz de encontrarse en aquel país siempre admirado y magnificado en lo más profundo de su ser. Pensaba que volvería a España sin saber nada de él, le fue imposible dar con Timo. Todo eran negativas, se había equivocado, o no lo conocían. Era como buscar una aguja en un pajar.

Una mañana, caminaba por el *Trastevere*, lugar favorito de Timo. Ella arrastraba su abrigo y se lo iba manchando con los charcos que se habían formado por la lluvia que había caído a primera hora de la mañana. Estaba agotada, ya no iba a buscar más a Timo. Era imposible y se dio por vencida. Pasó por delante de una heladería de aquel lugar y se sentó, miraba aquel sitio lleno de nostalgia. Era igual al que él le había descrito hacía ya tantos años. Fotografías de Sofia Loren en blanco y negro colgaban de las paredes, le seguían otras de Mina, Celentano y Rita Pavone. Clara pensó que eran los grandes y los observaba como un niño mira a su héroe. En el otro extremo también se podían ver fotos de Fellini, el Coliseo, *Vespas* de época... Ahora entendía por qué Timo amaba aquel lugar, por qué siempre que podía, acudía allí para tomar un helado. Simplemente, era especial. Las paredes, pintadas de un color naranja, otras en tonos marfil, se llenaban de fotografías de actores italianos de la época, cantantes... Colgaban en sus tripas de cemento cuadros de diferentes partes de Italia, distintas panorámicas de la ciudad, de Roma. Desde aquellas paredes podía admirarse la ciudad. Los camareros llevaban un delantal con los colores de la bandera italiana. La regentaban dos jóvenes de aspecto afable. Clara supuso que serían los hijos de los dueños. Del techo blanquecino colgaban unas lámparas redondas de color anaranjado en la parte superior y marrón en la parte inferior de las mismas. Detrás de la barra, a espaldas del mostrador, un viejo letrero indicaba el nombre de aquel establecimiento. Los colores desgastados concienciaban del tiempo que llevaba en funcionamiento aquel lugar.

Desde dentro podías ver la plaza, llena de flores, la ropa tendida de un balcón a otro. Era como asomarse al mundo desde una pequeña ventana. El cielo comenzaba a abrirse después de una mañana lluviosa. Daba la impresión de que la tarde estaba dispuesta a dar un respiro. Sentada frente a su capuchino y una copa de agua a un lado, observaba pasar a la gente y se fijaba en sus

caras. Todo seguía el curso normal, todo seguía su ritmo, solo ella se había detenido. Se había sentado en una pequeña mesa sobre la cual reposaba, junto a su café y el agua, una cajita formada por tres tiras de fina madera con diferentes clases de azúcar. Clara pensó que era un detalle muy bonito, aunque se dio cuenta de que muy pocas personas reparaban en él. Se fijó en las dos estudiantes que entraron, en su aspecto físico. Iban a la moda: vaqueros, jerséis largos y estampados muy coloridos. Se mostraban muy maquilladas y seguramente debían de tener todo el tiempo del mundo para ellas. A través del cristal, Clara podía ver las antenas de los edificios, las fachadas de piedra con sus adornos en las esquinas, su «almohadillado» como le explicó su profesor de arte en la universidad. Aquel lugar estaba en una de las zonas más bonitas del casco antiguo. Ahora, la opulencia de otros tiempos casi estaba olvidada. Sabía que caminaban a diario cientos de turistas por el *Trastevere*.

Clara sintió que alguien la miraba. Notó que alguien la observaba. Al principio, no se atrevió a darse la vuelta, pero ladeó un poco la cabeza y sus ojos se quedaron clavados, enmudeció. Aquel hombre la miraba con rostro serio, pero amable. Ella lo miró unos instantes y comenzaron a resbalar por sus mejillas lágrimas contenidas durante tantos años. Los ojos de él se empañaron. No hizo falta más, sus miradas lo decían todo.

Se reconocieron a pesar de las arrugas en el rostro, de los años transcurridos, de los golpes de la vida. A pesar de todo, se reconocieron.

—¡Dios mío, Timo! —dijo ella—. No sabes el tiempo que he pasado buscándote.

—Yo no he dejado de buscarte nunca —le contestó él.

Clara le acariciaba la cara con su mano, él le sujetaba la otra mano con la suya, se miraban como si se hubieran visto el día anterior por última vez, como si no hubiera pasado el tiempo.

—No contestaste a mis cartas, Timo. ¿Por qué? —le preguntó Clara.

Él le dijo que había sido un egoísta pidiéndole que le esperara. Quería estudiar medicina más que nada en el mundo. No podía pedirle que le esperara tantos años, así que la dejó libre. Clara le dijo que lo que había hecho era todo lo contrario. Sin saberlo, la había atado a un hombre del que no estaba enamorada. Él le contó que cuando supo que se había casado se alegró por ella, pero se sintió muy triste, aunque él sabía que eso ocurriría. Ninguno de los dos fue dichoso, ninguno encontró la felicidad. Él le dijo que seguía pensando en ella, convencido de que era su alma gemela y que sin ella nunca podría ser feliz con ninguna otra mujer, así que había renunciado al amor. Tenía amigas, amantes de una noche, nada complicado. No quería involucrarse en algo que no llegaría a ningún sitio. Y al verla allí, pensó que era una imaginación, no podía ser. La vio desde el momento en que entró en la heladería y toda su vida volvió a cobrar sentido para él. Todo su cuerpo tembló como cuando eran jóvenes, como el momento en que la vio por vez primera. La observó todo el tiempo hasta comprobar la reacción de ella, sabedor de que Clara también advertiría su presencia, pero quiso ir más allá. Quiso ver si le reconocía, si se acordaba de él. Se fundieron en un abrazo infinito, mientras ella dejaba caer aquel torrente de lágrimas, mientras él susurraba su nombre: «¡Dios mío, Clara! ¡Cuántas veces te he imaginado entre mis brazos como entonces, como siempre cuando estábamos juntos! Estás aquí, no es fruto de mi imaginación». Se quedaron un rato más hablando, sin prisas, poniéndose al día. Ella le contó su triste vida y él le dijo que tenía un hijo ya mayor que también estudiaba medicina. Vivía con su madre, pero tenían muy buena relación. El chico entendió lo que les pasaba a sus padres, así que no fue una separación traumática. Su exmujer se había vuelto casar. Él vivía solo, cerca del hospital donde trabajaba, en Roma. La acompañó a su hotel, cenaron mientras hablaban de ellos, de entonces, de todo lo que les rodeaba. Aquella noche zanjaron todo lo que tenían pendiente en sus vidas. Él la amó como nunca nadie lo había hecho hasta entonces, hicieron el amor sin prisas, recorriendo

cada palmo de sus cuerpos. El amor que sentía el uno por el otro crecía en cada caricia, en cada susurro. No se separaron en toda la noche, no volvieron a estar lejos el uno del otro. Clara pidió el divorcio desde Roma, dejó su trabajo y comenzó una nueva vida, la que desde un principio debió haber vivido junto a Timo.

Clara, mi madre, me contó esta historia poco antes de morir. Dijo que era mi regalo. Siempre estuvo enamorada de mi padre, Timo. Me enseñó que el verdadero amor solo se tiene una vez en la vida. El resto solo sirve para olvidar.

# Las hermanas

En la soledad de su pequeño apartamento, María pensaba en la gran suerte que tenía. Miró a su alrededor y recordó cuánto esfuerzo le había costado llegar hasta ahí. Siempre vivió sintiendo un vacío en su interior: era como una sombra que crecía y crecía a medida que el tiempo iba transcurriendo. Su vacío se volvía cada vez mayor e intentó llenarlo con relaciones absurdas, ilógicas. Sus fracasos sentimentales no hacían sino acrecentar esa soledad siempre latente en ella.

Vivía en un pequeño y modesto apartamento con lo justo para sentirse cómoda. No necesitaba más. María era una joven de gustos sencillos, más bien taciturna y algo solitaria, aunque tenía algunos amigos. No eran muchos, pero podía contar con ellos en cualquier momento. A ella eso le valía. Todo en su vida era limitado, hasta sus emociones estaban contenidas. Aquella mañana, los rayos de sol se filtraban por las ventanas. Se quedaba pensativa mirando las partículas de polvo suspendidas en aquel pequeño y acogedor salón. Le costó mucho encontrar empleo pese a su currículum. Poseía unas notas brillantes, pero no era tan sencillo encontrar un trabajo razonablemente digno. Por primera vez se sentía cómoda con su vida. Sola, luchando como siempre, viendo el resultado de tanto esfuerzo. ¡Por fin podría pagar el alquiler sin preocupaciones! Comenzaba para ella una nueva vida.

María tenía miedo de querer. No estaba muy segura de si era porque nadie la había querido a ella o, quizá, porque no sabía cómo debía hacerlo. Se sentía incapaz de cuidar a nadie que no fuera ella misma. Por eso, nunca tuvo una mascota, jamás pensó ni siquiera en cuidar de una planta. Y aunque ella no lo sospechaba, tenía tanto que dar...

La infancia de María pasaba de una casa de acogida a otra. Cuando pudo, comenzó a limpiar retretes, por horas, primero, y en la vieja estación de autobús de la capital después. Era muy peligroso para una chica tan joven como ella. Los guardias de seguridad sabían que estaba sola y procuraban arroparla todo lo que podían. En la estación de autobús trabajaban también por horas las prostitutas de la zona, los travestis y los «gorrillas». Gente de malvivir que no tenía nada que perder. María sabía que se encontraba allí de paso. Consiguió trabajar como interna y ahorrar cuanto pudo. Fijó su meta en estudiar enfermería, quería hacer algo por los demás, sentirse útil. Lo fácil para ella era darlo todo en el momento para luego desconectar, no llevar nada auestas. De vuelta a la casa, se subía en el metro, siempre en la misma parada, lloviera o hiciera frío. Se preparaba la cena mientras veía la televisión, a veces, sin saber qué estaban poniendo en el canal que tenía seleccionado. La encendía solo por el placer de escuchar otras voces, por no sentir el eco de sus pisadas en aquel confortable apartamento. En el fondo, ella se sentía sola, muy sola, pero se había acostumbrado a aquella soledad escogida por ella misma. Se acostó temprano, aunque al día siguiente no tenía que levantarse pronto para ir a trabajar, pero cambió el turno con un compañero y trabajaría toda la tarde y la noche para, al día siguiente, volver a entrar de tarde. O sea, que debía descansar, si quería estar fresca para lo que pudiera surgir en su trabajo. Sabía que le tocaba urgencias.

Una noche hubo un accidente de tráfico muy grave. Avisaron desde la ambulancia. Una chica de 24 años estaba muy mal. Necesitaban que todo estuviera preparado para cuando la ambulancia llegase al hospital, así que las alertas saltaron. Todo el personal de urgencias esperaba la entrada de aquella ambulancia con una chica malherida.

La joven ingresó en la unidad de cuidados intensivos. Necesitaba un trasplante de corazón

urgentemente o moriría. María empujaba la camilla. Después del primer impacto visual, más allá de la sangre que le cubría el rostro, se dio cuenta de que aquella muchacha se le parecía bastante. Le extrañó aquel hecho, pero no le dio más importancia. Una coincidencia y ya está.

María sentía mucho lo que le había ocurrido a esa chica. Tenía su edad. Si hubiera llevado el cinturón de seguridad puesto, probablemente no habría pasado nada de aquello. El conductor tampoco llevaba puesto el cinturón y el suelo estaba mojado, había llovido un poco en algunas zonas de la ciudad. El exceso de velocidad hizo el resto. Cuando María terminó el turno y volvió a trabajar la siguiente noche, no pudo evitar pensar en aquella pobre chica, qué sería de sus padres y qué iba a ser de ella tan joven.

No consiguió dormir hasta pasado mucho tiempo. María se obligaba a quedarse en la cama, por lo menos, para poder descansar algo, aunque no consiguiera dormirse. Finalmente, el sueño y el cansancio llegaron hasta ella. Cuando regresó por la tarde, de nuevo estuvo en urgencias. Escuchó los comentarios de sus compañeros diciendo que era una pena que una chica tan joven muriera. María les preguntó qué tal estaba.

—Está fatal, si no llega a tiempo el trasplante, no sale de esta. Encima, piensa que tiene que ser compatible.

—Lo sé —contestó ella pensativa.

—Sí que es una pena, tan joven... —dijo otro de sus compañeros.

—Tiene tu edad, ¿no es así? —le preguntaron.

—He oído decir que tiene 24 años. Pues sí, como yo.

María estaba ausente y decidió subir a la unidad de cuidados intensivos para ver a la chica. Cuando vio aquel cuerpo inerte sobre la cama, conectado a las máquinas, sintió un pellizco en su corazón. El parecido era espectacular. Una de las enfermeras se le acercó:

—María, tuvimos que leer el nombre varias veces. Todos pensamos que eras tú quien había sufrido el accidente. Cuando nos dimos cuenta de que no era tu nombre, respiramos aliviados. No me negarás que el parecido es impresionante.

No dijo nada, solo la miró asombrada. No acertaba a articular ninguna palabra. Era como si, en realidad, fuera ella quien estaba tumbada y malherida en esa cama. Después de unos segundos, su compañera volvió a hablar:

—¡No me digas que no! Sois dos gotas de agua. ¿Tú la conoces?

—¿Bromeas? No tengo ni idea de quién es. Te lo digo en serio, yo también me di cuenta del parecido. ¿Dónde están sus padres?

—Fuera, en la salita de espera. Ya han podido verla. Están hundidos, María. Es normal, hija única, ¡y tan joven!

—No es para menos, no querría estar en su situación. Menuda papeleta.

María salió y después de sopesar un poco las consecuencias, supo que debía hacerlo. No podía perder nada. En cambio, tenía mucho que ganar. Algo le decía que no era una simple coincidencia, pero no era capaz de pensar en qué podía ser lo que estaba ocurriendo.

Antes de llegar al largo pasillo que comunica con una ventana en cada box de la unidad de cuidados intensivos, se situaba estratégicamente una pequeña salita con altavoces para llamar por megafonía a los familiares de los enfermos ingresados en aquella zona del hospital. Solo estaban dos personas de unos cincuenta y pocos años. «Deben de ser ellos», pensó. La madre no hacía más que llorar mientras que él, el padre, caminaba de un lado a otro de la pequeña estancia. Nervioso, incapaz de estarse quieto ni un momento. Ella no dijo nada. Simplemente, entró despacio en la pequeña sala. Vestía de verde, era la ropa de quirófano. Oficialmente no se podía salir del allí. Los padres de la chica levantaron la vista al notar la presencia de otra persona. La madre no daba

crédito a lo que sus ojos veían y el padre enmudeció al ver a María.

—Pero ¿qué es esto? ¿Una broma de mal gusto?

—¡Silvia, hija mía!

María no comprendía nada de todo aquello. No sabía qué decir. Por un momento, las ideas se agolparon en su cabeza, ideas sin sentido. La madre de la chica, a duras penas, se levantó y abrazó a su marido. Ambos se miraban sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Al cabo de un tiempo que a María le pareció eterno, todos se tranquilizaron. Entonces, los padres de Silvia, entre lágrimas, le contaron su historia. Lloraban sin consuelo. Su hija se moría en la cama de un hospital. Esperaba un corazón sano que nunca terminaba de llegar. Los minutos eran de vital importancia para ella. La espera les parecía angustiada. Y allí, entre sollozos le contaron su historia. Aquella historia que formaba parte de su vida sin saberlo, sin quererlo.

Poco tiempo después de casarse descubrieron que no podían tener hijos. El médico que les atendía en la consulta privada les habló de la adopción. Ellos lo veían todo muy complicado, pero el médico les dijo que era cuestión de tener un poco de paciencia y de dejar la situación en sus manos. Les preguntó si preferían un niño o una niña. Ellos contestaron que un bebé recién nacido, niña, y sana, por supuesto. Llegado el momento ya hablarían de dinero. Ahora, según les dijo el médico, lo más importante era que se mantuvieran en calma mientras durase la dulce espera. Les aconsejó cómo debían hacer las cosas para que nadie tuviera la más mínima sospecha de todo aquello. En el círculo donde se movían empezaban a surgir los comentarios, así que lo organizaron todo con el visto bueno del doctor. La madre de Silvia comenzó a fingir que estaba embarazada de verdad. Lo ocultó, nadie sospechó nunca la verdad de lo que estaba ocurriendo. Los últimos meses de embarazo alegaron mucho estrés para la madre y la necesidad de reposo, pues era un embarazo de alto riesgo. Así que decidieron marchar a una casita en el campo para disimular ante su círculo de amistades aquel falso embarazo. Una tarde, la llamada del médico les alertó. El bebé que esperaban había nacido. El personal de la clínica, en su mayoría, sabía lo que ocurría. Ellos participaban en todo aquello. Los padres de Silvia supieron toda esa historia años después por los casos que salían en televisión de hijos que buscaban a sus madres y viceversa. El médico les dijo que la madre había muerto en el parto y no tenía familia ninguna que se hiciera cargo, el típico caso de bebé que pasaría a manos de los servicios sociales. Siendo ellos unos padres aptos, estaban en la lista como los siguientes candidatos para adoptar, si querían, claro.

—¡Eran gemelas! ¿Cómo no lo pensamos antes? —dijo la madre de Silvia.

—¡Dios mío, gemelas!

Entonces, María comprendió aquella extraña sensación de vacío que sentía desde hacía ya mucho en su interior. Envuelta en lágrimas, deshizo el camino andado hasta llegar a la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos. Una vez allí, volvió a entrar y se quedó un buen rato acariciando la mano de su hermana. No se separó de ella. Miraba la pequeña ventana con la persiana bajada. Ese pequeño cuadrado donde se le escapaba la vida por momentos a aquella desconocida para ella, su hermana.

Solo acariciaba su mano, la besaba, mientras el llanto manaba de sus ojos sin poderlo retener. Todos sus compañeros la miraban sin comprender, sin atreverse a preguntar. Bajó despacio por las escaleras en vez de hacerlo en el ascensor. En su taquilla guardaba papel y bolígrafo, siempre tenía algo que escribir. Pensaba que algún día podría recopilar sensaciones, experiencias o algo parecido y contarlo al mundo. Cuando iba a cerrar la puerta de su taquilla, miró las fotografías de los sitios a los que nunca iría, de los atardeceres que ya nunca volvería a ver, y los acarició delicadamente. No sintió, por extraño que parezca, ninguna duda respecto a la

decisión que había tomado. Ver a su hermana y acariciarla fue lo mejor que la vida podía darle. Aquel sí que era un regalo de verdad. Escribió en las cuartillas unas letras que le parecían necesarias. Después, volvió a su puesto de trabajo, habló con sus compañeros e incluso bromeó con ellos. Estaba radiante, casi irreconocible. Algunos comentaban en voz baja lo bien que le sentaba a María estar enamorada. Fingió tener que ir a la taquilla a recoger algo. Subió los doce pisos que separaban urgencias de la terraza del hospital. Esta vez lo hizo por el ascensor como siempre hacía. Le vino a la cabeza un médico amigo suyo que la reñía y le decía que había que subir por la escalera, no por el ascensor. Sonrió de medio lado, pensativa en las pequeñas cosas que había vivido. Su vida pasaba delante de ella secuencia a secuencia. Dobló el papel en cuatro partes, lo introdujo en el interior del sujetador. Quería asegurarse de que estuviera visible y que no se perdiera por el camino. María ya estaba en la azotea de la terraza. Miró el cielo de aquella noche, que comenzó con algunas estrellas, pero que acabó tornándose oscura con nubes de color rojizo y anaranjadas. Llevaba un rato relampagueando. Finalmente, rompió una lluvia furiosa, gruesos goterones caían alrededor de María. ¡Cuántos recuerdos! Aquel olor a tierra mojada... Calculó dónde estaba la entrada de urgencias. La altura era perfecta, no habría ningún error. Caminó. Sus pasos eran seguros. Lentos, pero seguros. No tuvo que pensar nada, lo supo desde el momento en que vio a su hermana en aquella cama de hospital. Silvia tenía una familia, alguien que la quería; en cambio, ella no tenía a nadie. Se subió a la barandilla de la terraza y, abriendo los ojos, se dejó caer. Solo sería cuestión de segundos. Se lanzó al vacío con los brazos abiertos a través de la negra noche, la misma oscuridad por la que pasó al nacer. Un ruido sordo se escuchó en el pavimento. Los compañeros de María no daban crédito. Se quedaron por un segundo inmóviles. Se dieron cuenta de que era María la persona que yacía inerte en el suelo. Momentos antes hablaban con ella y, sin embargo, ahora se encontraba allí. No podía ser. No se pudo hacer nada por salvarla. Lo intentaron todo, pero fue imposible. Encontraron la nota de María y pusieron en marcha el protocolo de donación de órganos. María devolvió la vida a su hermana.

Silvia conservó el pequeño apartamento de María, pues poco más le quedaba de ella. Lo mejor lo tenía en su interior, su corazón. Cada latido era como tenerla cerca. La vida de Silvia cambió para siempre desde el momento en que supo que vivía gracias a su hermana gemela.

# El cumpleaños

Aquella mañana me desperté contenta. Era el día de mi cumpleaños. No hace falta decir cuántos cumplía. Muchos, tal vez demasiados.

Había descansado. La verdad es que me hacía mucha falta, me sentía agotada. Los días fueron muy duros en el trabajo y necesitaba con urgencia el descanso del fin de semana.

En el pequeño despertador metálico se veían las manecillas indicando que eran las nueve de la mañana. Me levanté despacio, deslizándome entre las sábanas blancas con suave bordado en el embozo y, tan sigilosamente como pude, salí de la habitación. No quería despertar a mi marido, él pasaba mucho sueño y necesitaba descansar. Me acerqué al ventanal del comedor y observé que lucía un sol radiante. Parecía que estuviera colgado expresamente para mí. Una suave brisa me acariciaba la cara asomada a la barandilla de la terraza. El día parecía prometedor: lucía el sol y la brisa confería al ambiente un efecto balsámico, así que me dispuse a preparar mi ritual de cada fin de semana. Me acerqué a las estanterías y deslicé mis manos por cada uno de los libros que las habitaban. Dejé sentir la magia que me producía verlos, tocarlos, olerlos y todo lo que fuera estar en contacto con ellos. Era como si me hablaran. De hecho, estoy convencida de que así era, pero de una forma diferente a la que estamos acostumbrados a hacerlo. Era un sentimiento que solo uno mismo puede entender.

Así, poco a poco me dejé guiar por mi intuición y fui cogiendo de cada estantería los libros correspondientes. Los saqué y los dejé uno encima de otro sobre la mesa redonda hecha de piedra y forja de la terraza y, a continuación, me dispuse a preparar mi desayuno. Salí con la bandeja lentamente, de la misma forma que había hecho todo durante aquella mañana desde que me levanté. Con mucho sigilo para no despertarle. Después de ponerme una camisa blanca muy fina, me dispuse a desayunar. En la mesa había tostadas con mantequilla, pero sin mermelada; una taza de café con leche y un vaso de zumo de naranja natural. Hojeaba los libros y, aunque sabía que era imposible leerlos todos a la vez, estaba convencida de que, al final, terminaría leyendo varios al mismo tiempo, como normalmente me sucedía. Acabaría como siempre...

Dentro de uno de ellos había una reseña. Fechada el día en que lo compré. La inscripción que aparecía en el libro databa de dieciocho años atrás. Lo sostuve con nostalgia entre mis manos y, sin querer, a mi mente volvió aquella ciudad en la que lo único que había dejado era un amigo, pero no un amigo cualquiera; allí dejé a mi ángel de la guarda.

Yo era una cría entonces, pero la vida ya me había enseñado sus dientes llevándome lejos de mi casa y de mi gente, alejándome de mi hermana, de mi madre y de mi padre. De mi querido padre. Mi equipaje estaba lleno de incertidumbre, de dudas y de miedos, sobre todo de miedos. Sin saberlo, allí iba a encontrar a un amigo de esos que no se olvidan jamás. Descubriría el verdadero significado de la palabra amistad y la importancia de la misma en la vida. Fue un tiempo difícil. Duro, muy duro, pero ahora con la perspectiva que te dan los años te das cuenta de que, de momentos como aquel, aprendes; y que, cuando has pasado por algo malo, ya nada puede ser peor.

Mi mente volvió a la realidad. Agitaba con la cucharilla de plata el café y me dejé llevar envuelta en mis pensamientos por un tiempo tan lejano para mí. Apreté el libro entre mis manos y oí una voz interior que preguntaba: «¿Por qué no cumpliste tu promesa?».

Cuando llegué a la ciudad, yo era un alma cándida como suele decirse por aquí. Después de

vivir durante un tiempo con una chiflada que me hacía la vida imposible, decidí no compartir más con ella el alquiler de aquel piso. Fui la última en llegar de las dos, así que fui también la que tomó la decisión de irse.

Con mi sueldo era imposible alquilar un piso para mí sola y no tuve otra alternativa que instalarme en la pensión más cercana del hospital donde trabajaba. Fue lo más denigrante que recuerdo. La dueña lucía una figura que, mirándola bien, podríamos decir que se había escapado de un cuadro de Rubens. Su cara se mostraba como una de esas que te dicen: «Cuidado conmigo, soy una chismosa». Apretaba sus finos y casi imperceptibles labios en señal de continuo nerviosismo. En cuanto la vi por primera vez, supe que debía tener mucho cuidado con ella. Su marido, en cambio, como suele pasar en muchos casos similares, era un buen hombre. Se le veía en la cara la bondad que poseía y, en los ojos, la resignación que sentía al cargar con una mujer como la suya. No hice muchas migas, por no decir ninguna, con los inquilinos de aquella pensión. Eso sí, nos saludábamos cortésmente donde quiera que nos viésemos. Me sentía muy mal teniendo que compartir comedor y aseo; lo compartía todo menos la pequeña y mal iluminada habitación con escasa ventilación como mobiliario. En pocas palabras: estaba deseando volver a casa con mi marido, pero los dos sabíamos que teníamos que pasar por esto. Podría haber sido peor. Podrían haberme destinado al norte de la península. Los comienzos de tener una plaza fija son así de duros. Me sentía muy sola cuando, después de unos meses en los que no terminaba de encajar allí, apareció él, mi ángel de la guarda.

Me superaba bastante en edad. Tenía una inmensa expresión de dulzura en el rostro, sus ojos miraban a todos lados sin censurar nada. Se notaba que había toreado en plazas peores que aquella. Cuando pasó por mi lado, me sonrió con aquella sonrisa tan paternal que le caracterizaba.

Al día siguiente, fuimos uno más en el salón del desayuno. Bueno, del desayuno, y la comida, y la cena...

Se había sentado en la mesa situada junto a la ventana, mi favorita. Desde allí, uno disfrutaba de una vista privilegiada de la calle. Era verano y podías dejar pasar el tiempo, viendo tranquilamente la actividad que había fuera. Lo que me llamó la atención fue que estaba leyendo y, por más que lo intentaba, no había manera de saber cuál era el título del libro.

Mi turno en el hospital no empezaba hasta la tarde, así que, lo más que podía hacer era ir hasta la biblioteca dando un paseo. Después de desayunar, me decidí a dar ese paseo que tan a menudo realizaba y a echar un vistazo a los libros. Allí, lo único que distraía un poco el pensamiento era la lectura, al menos para mí. Las calles se adornaban con terrazas en las que la gente joven tomaba un aperitivo. Los días brillaban, entonces, con unos colores muy intensos o quizá me lo parecía por los ojos con los que yo miraba todo a mi alrededor. Empujé la gran puerta de madera y entré en la biblioteca. Hacía fresquito dentro. Se notaba la antigüedad de la casa, como las de antes. Después de saludar a la bibliotecaria, caminé hasta las estanterías. Sostenía entre mis manos un libro de Harold Robins y, de repente, una voz llegó hasta mí:

—Ese es muy bueno.

—No lo he leído todavía, pero creo que me lo llevaré.

Después de presentarnos y de decirnos ambos que estábamos en la misma pensión, yo me atreví a preguntarle:

—Le he visto leyendo esta mañana en el desayuno.

—Y te morías de ganas de saber qué libro estaba leyendo, ¿a que sí?

—Bueno, pues sí. ¿Para qué le voy a engañar? Soy una lectora empedernida.

—No te preocupes.

—¿Tanto se me ha notado?

—No, pero conozco esa mirada; yo la he puesto montones de veces.

Los dos nos reímos mucho y ese día nació una bonita amistad entre nosotros. ¿Sabes? ¿Conoces la sensación de que te vas a caer y, en el último momento, alguien te recoge? Eso fue él para mí. Se convirtió en mi bálsamo y mi segundo padre. Le pregunté que qué hacía aquí solo, si acaso tenía familia y me respondió que él nació en el norte. Vino un verano de vacaciones con su mujer y se quedó prendado de la ciudad, de sus gentes y, cómo no, del clima también. En el norte siempre llueve. En cambio, aquí luce el sol casi siempre. Dan ganas de no parar nunca de hacer cosas...

La pasión que ambos sentíamos por la literatura estableció unos lazos muy difíciles de romper. Dábamos largos paseos, íbamos juntos a exposiciones, a la biblioteca y filosofábamos sobre la vida, como solíamos decir. Nos habíamos creado un mundo donde nos necesitábamos los dos y donde ya poco importaba la soledad, pero en el fondo sabíamos que aquello tenía fecha de caducidad. La dueña de la pensión con su cara de cotorra mal peinada le susurraba a su marido cuando pasábamos por su lado y la gente que nos veía pasear nos miraba de reojo. No comprendían que entre un hombre y una mujer también puede existir solo amistad. Al final, llegó un punto en que todo aquello dejó de afectarnos. De no ser así, no habiéramos podido vivir tantas cosas juntos.

El día que los dos esperábamos llegó. Lo aguardamos en silencio.

Por fin me trasladaba. Regresaba a mi ciudad, con mi marido, a mi casa nueva que apenas había podido disfrutar, con mi familia, mis amigos...

Sus ojos me miraron apenados y, aunque no querían llorar, al final, un torrente de agua inundaba su cara. Ese día fue uno de los más tristes que recuerdo en mi vida. Le abracé y prometimos escribirnos, prometimos vernos...

—Te escribiré a la pensión. Eres lo mejor que me llevo de aquí. Venir a Villajoyosa ha sido una de las mejores experiencias que he tenido en mi vida. Me has enseñado tanto... Me alegro de tener un amigo como tú.

—Yo también me alegro mucho de haberte conocido, Pepita. He disfrutado mucho de tu compañía. No quiero que te sientas culpable, pero me quedo muy solo sin ti. ¿Con quién iré a la biblioteca?, ¿con quién pasearé? Que sepas que eres como una hija para mí y nunca podré olvidarte. Cuando menos te los esperes, apareceré en Játiva y te veré arrastrando el carro de la compra como una maruja más.

Me dijo esto mientras los dos reíamos. Yo creía que vendría, pero nunca cumplió su promesa. Y, desde entonces, nunca llevo carro. Siempre voy cargada con bolsas, pero no puedo evitar girar la cabeza y mirar entre la gente. A veces, noto su presencia entre la multitud y estoy convencida de que no es solo un presentimiento. Él está conmigo.

Nunca volví a saber de él. No contestó a mis cartas. Supongo que había perdido demasiado en su vida y no quería encariñarse más de lo que lo había hecho para no volver a pasar otra vez por lo mismo.

A veces me pregunto qué será de él. Ahora tendrá unos noventa años. Otras veces, me quedo pensando y, entonces, lo sé, porque lo intuyo...

Él está a mi lado.

# Enamorarse

La vio por primera vez y sin darse cuenta se quedó prendado de aquella mujer. No sabía nada de ella, solo que algún día sería el dueño de su corazón.

Ella no sabía que él la miraba con los ojos llenos de amor. Pasaron días, semanas y, por fin, llegó el primer acercamiento. Surgieron las primeras palabras entre ellos y el sentimiento dentro de él de que debía seguir, debía rescatarla de donde quisiera que su alma se hubiera quedado porque, de otro modo, no llegaría nunca a ella. Ninguno de los dos lo sabía, ni siquiera existía en ellos la más leve sospecha, pero sus corazones se habían reconocido en aquel lúgubre lugar, se reconocieron entre el hastío, la derrota y el desánimo. Parecían dos almas gemelas que después de muchísimo tiempo coincidían de nuevo. Algo les hizo mirarse fijamente, como si por momentos y de una forma fugaz se hubieran reconocido después tanto espacio, tantos siglos...

Él le hablaba y su corazón henchido en el pecho latía con fuerza. Ella miraba aquellos inmensos ojos azules del color del cielorraso en los días soleados, sin rastro de algodonosas nubes. También sentía su corazón latir con ímpetu. Reconoció aquel amor de hace siglos cuando él la acariciaba, cuando la besaba. Sentía el calor de su abrazo, de aquel abrazo que la llenaba de amor y de paz, que le devolvía la esperanza en el ser humano. Ella se perdía en aquellos ojos mientras él la observaba con dulzura y le sonreía. Aquella mujer le había devuelto las ganas de vivir.

Ninguno de los dos sabía que estaban hechos el uno para el otro. Dos corazones que se habían reencontrado en medio de la tormenta, en medio de la nada. Dos corazones que latiendo al mismo compás seguros de luchar contra la adversidad. Simplemente, se habían vuelto a encontrar, sabiendo que lo que crecía en el interior de los dos era el amor verdadero.

Se sentían cerca estando lejos. Él la llevaba siempre en su pensamiento y ella se sentía vacía cada vez que se alejaba de su lado. Entonces, se dieron cuenta de que el destino les había dado una segunda oportunidad y decidieron vivir su historia de amor, quererse hasta el final de sus días hasta que sus corazones dejaran de latir. Y fue así como se convirtieron en uno solo. Empezaron a ver a través de los ojos del otro, a quererse, a necesitarse y a decirse todo con una mirada, con un gesto, con una palabra. Aprendieron a seguir juntos el camino sin soltarse de la mano y a reconocerse de nuevo entre un mar de gente, escuchando el latido de sus corazones. De esta manera terminaron sus días uno junto al otro con la memoria intacta, porque se les había concedido ese don para que pudieran recordar lo mucho que se amaban desde siempre.

## Ensalada de tomate con cebolla

Todos sus días se sucedían en una continua y regular monotonía. Su existencia era tan gris como la ropa que llevaba, como su piel. Había perdido el brillo volviéndose cetrina, casi al mismo tiempo que iba perdiendo las ganas de vivir. Atrapada en aquella tela de araña en la que se había convertido su existencia, ya no recordaba dónde quedaban sus sueños, sus proyectos. Todo cuanto deseó se fue perdiendo por el camino, en cada paso dado. Intentaba volver la vista atrás, ver algún resquicio de lo que un día fue. Toda su vida se había convertido en una continuidad de obligaciones.

Por las tardes, al llegar a casa cansada de trabajar durante todo el día en la oficina, se le sumaban las obligaciones de dos hijos y un marido. Los deberes de los niños, los baños, las cenas, la comida para el día siguiente porque a su marido no le gustaba comer fuera de casa... Él le decía que, como ella, no guisaba nadie. Poco a poco, sin darse cuenta se aficionó a estudiar otra vez. De nuevo, puso en práctica su nivel de matemáticas y su conocimiento del lenguaje, del medio y su cultura literaria, que según los resultados, era más que aceptable. Se acercó a la medicina, en pequeñas dosis, claro. Sabía cuándo debía dar *Apiretal* o *Dalsy* a sus hijos y en qué ocasiones no era aconsejable hacerlo. Se imaginó cocinando platos de verdadera importancia culinaria, pues su marido siempre resaltaba sus cualidades en este terreno. Según él, era la mejor chef del mundo.

—¡Qué manos tienes, Amparo! —le decía cuando probaba sus guisos.

Y así, entre la cocina, el colegio y los quehaceres diarios de la casa, que no eran pocos, transcurría la vida. Menos mal que conservaba su trabajo desde que era soltera. ¡Gracias a Dios! El trabajo representaba su tabla de salvación. Todos los días intentaba acudir media hora antes a la oficina. Ponía una excusa en casa y lograba que su marido llevara a los niños al colegio. Un abogado como él podía permitírselo y más teniendo su propio despacho. Desayunaba por las mañanas en aquel pequeño café, lejos de su miserable existencia, lejos de todo, solo por el placer de leer durante media hora un libro. ¡Hacía tanto que no leía! O, simplemente, por desayunar mirando al exterior y ver cómo la vida despertaba ante sus ojos. Las luces de neón dejaban de iluminar las calles, las personas bostezaban al mismo tiempo que se subían la solapa de sus abrigos. ¡Qué espectáculo tan bonito! Ver caminar a aquellas personas extrañas para ella, verlas dirigirse a sus obligaciones. La panadera, levantando la persiana, atendía a los más madrugadores.

A veces, ni siquiera leía. Se sentaba en una pequeña mesa en el rincón, con el ánimo de no molestar a nadie. Parecía como si quisiera volverse invisible, pasar inadvertida lo más que pudiera. Y allí, en aquel pequeño café, miraba a través de los cristales la calle, los letreros de las tiendas, las farolas, el tráfico incesante... Miraba desarrollarse la vida. Solo media hora, pero ella era feliz esperando la media hora restante que le quedaba por disfrutar al finalizar la tarde. Vivía pensando en ese pequeño descanso de la mañana y de la tarde en donde, de nuevo, volvía a ser ella.

Tenía un buen jefe. Llevaba muchos años trabajando para él y la estimaba. Era un hombre justo que no hacía demasiadas preguntas cuando ella le pedía algo y, aunque se conocían desde hacía tanto tiempo, tenía la sensación de que lo mejor que podía hacer era justo eso, guardar la distancia. Después de todo, era su jefe. Uno bueno, pero superior, al fin y al cabo.

Cuando salía de trabajar por la tarde, al volver la esquina se llegaba a un ultramarinos, una

pequeña tienda de barrio de las de toda la vida. La dueña, una señora entrada en años, dirigía junto a su marido el negocio familiar del que ninguno de sus tres hijos quería saber nada. Ella llegó a esta conclusión por los comentarios de la mujer, pero esta siempre mostraba una sonrisa que ofrecía a cada uno de sus clientes con un trato personalizado. No como en los grandes almacenes, cuyas empleadas parecen robots pintados con pestañas postizas. En su tienda el trato era tan especial, tan familiar...

—¡Buenas tardes, Amparo! —le decía siempre, cuando la veía entrar con prisa en el pequeño comercio.

—¡Buenas tardes, Jacinta! —contestaba ella con alivio en el tono de voz mientras miraba lo que necesitaba para sus platos especiales y para los del día a día. Especiales, no porque se lo dijera su marido, sino porque, a pesar de estar tan cansada después de trabajar todo el día, cocinaba con mucho amor para los suyos.

—Jacinta, ponme cebolla. Ya sabes que a Pedro le gusta mucho y en mis guisos no puede faltar —pedía mientras curioseaba los estantes de la tienda en busca de lo que le faltaba.

—Este marido tuyo... ¡Por la noche no habrá quien se acerque! Pero mira que le gusta la cebolla. ¿Qué más quieres? —preguntó Jacinta mientras le ataba la bolsa de las cebollas después de pesarlas en el gastado peso que tenía frente a ella.

—Pues creo que lo llevo todo, que yo recuerde... A ver, espera...

Y, como si se hablara a sí misma en voz baja, comentó:

—Fiambre, arroz, huevos, cebollas, patatas, zanahorias y la carne. ¡Ya está! Lo llevo todo.

Con su mano izquierda buscó debajo de su axila en un movimiento instintivo el pequeño monedero desgastado y, después de pagar, se dirigió derecha a la cafetería donde, durante media hora, volvía a ser la dueña de su vida.

La mesa del rincón se hallaba vacía como casi siempre y de nuevo pidió un café. Sacó el libro que estaba leyendo, pues su lectura se hacía eterna, pero no le importaba. Pensó que, tal vez algún día, cuando sus hijos fueran mayores volvería a recuperar de nuevo su independencia, su vida. Esa vida que sin darse cuenta se había ido alejando más y más de ella, hasta convertirla casi en otra persona completamente desconocida.

Cuando llegó a casa después de recoger a sus hijos, de nuevo la batalla de todos los días: la agotadora segunda jornada. Las peleas de los chicos, la ropa por el medio... Era realmente trabajoso.

—Esperamos a que venga papá —gritaban los chicos dando saltos.

—Es hora de dormir. ¡A la cama! —respondía Amparo con la voz seria, pero los chicos seguían sin hacerle caso, peleándose entre ellos.

Hoy, el padre había llegado antes a casa. Amparo se sorprendió, pero no dijo nada.

—¡Hum!, ¡qué bien huele! —exclamó él—. ¿Qué has preparado de cena? —Su marido le dio un beso de forma mecánica, era el mismo beso insulso de todos los días, tan desganado como obligatorio, carente de amor y, acaso, con un atisbo de afecto, pero nada más. No era el beso con el que toda mujer sueña ni por el que suspiran la mayoría de las chicas en su juventud.

Amparo siguió cortando cebolla y limpiándose los ojos con un trozo de papel de cocina, mientras calentaba la sopa para su marido y para ella. Preparaba una ensalada de tomate con cebolla, con mucha cebolla y bien regada de aceite de oliva, con alcaparrones, como le gustaba a Pedro.

Se sentaron a comer mientras los chicos revoloteaban a su alrededor sin parar de dar vueltas y de colgarse al cuello del padre.

—Papá, ¿mañana cuando nos recojas del cole nos comprarás otra vez un huevo *Kinder*? —

preguntaron a la vez, casi a voz en grito.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que coman chucherías? Claro, luego yo soy la mala y tú, como les consientes todo, eres el bueno. ¡Estoy muy harta! Un día me voy a cansar de verdad y no sé qué voy a hacer. Si no fuera por los niños...

—¿Pero qué tonterías dices, mujer? Si no fuera por los niños, si no fuera por los niños... Siempre estas igual. Si no fuera por los niños, ¿qué? ¿Qué ibas a hacer tú si no fuera por los niños? Seguirías siendo un ama de casa como siempre has sido. Sabes que trabajas porque quieres, no tienes necesidad.

—Ya, claro. Eso quieres tú —respondía Amparo con gran crispación en la voz—, que esté aquí, metida en casa como una sirvienta, todo el día siendo la chacha de todos. Y ellos, aún, porque son pequeños, pero ¿tú?

Transcurrían los días y Amparo continuó colocando la ropa en montoncitos que apilaba sobre la mesa de la cocina, dispuestos para ser llevados a las habitaciones correspondientes, y una vez allí, al armario de cada uno. Un ritual que se repetía todos los días. Empezó a preparar la ensalada: los tomates cortados en trocitos pequeños, como le gustaban a su marido, y la cebolla en trozos aún más diminutos. Ensalada de tomate con mucha cebolla. Amparo se limpiaba con una servilleta de papel las manos y los llorosos ojos deseando terminar con aquella tarea tan ingrata.

Cuando llegaba la noche estaba rendida, tan cansada que apenas sí tenía fuerzas para meterse en la cama. Pero, antes de dormir, besaba en la frente a cada uno de sus hijos. Ellos ni lo notaban, pero Amparo no podía dormir si no le daba un beso a cada uno de los niños.

Se deslizaba en la cama, se metía bajo las frías sábanas de hilo. Su marido le daba las buenas noches y seguía leyendo.

—Eres una exagerada mujer, que no es para tanto. Tanto quejarte, tanto quejarte... Ni que fuéramos un estorbo —hablaba, sin levantar la vista del libro.

—No, si la que es un estorbo soy yo, porque sin mí, hacéis lo que os da la gana. ¿O qué te crees, que no lo sé? Pero si me ignoráis por completo.

—Mujer, yo creo que debes dejar el trabajo. Sabes que no nos hace falta, eres demasiado sentimental. Estás saturada, ¿no ves que necesitas descansar? —lo decía sin ningún atisbo de emoción en la voz, le resultaba indiferente cómo se encontrara Amparo, cómo se sentía.

La mañana siguiente amaneció, gris, cenicienta y fría. Suaves gotas de lluvia mojaban las aceras y al trasluz de los faros de los coches se distinguía la llovizna. El otoño había llegado para quedarse. Las hojas de los árboles alfombraban las calles, la avenida se transformaba en un ir y venir de gente con prisa por llegar cuanto antes a su destino para no mojarse. Amparo, de nuevo, como una mañana más, se sentó durante algo menos de media hora en aquella pequeña mesa de madera rallada, junto al rincón. Esta vez se dio cuenta de que alguien la observaba. Por primera vez fue consciente de ello.

Un hombre no muy alto y de mediana edad se le acercó. No tenía mal aspecto, sino más bien todo lo contrario. El pañuelo anudado al cuello le daba cierto aire de *dandy*. A Amparo le pareció un hombre interesante.

—Veo que una mañana más te vuelves a sentar en la misma mesa. Por favor, ¿puedo sentarme contigo?

Amparo lo miró extrañada, preguntándose qué hacer.

—Puedes, pero te advierto que hoy no tengo mi mejor día, es un día nefasto para mí —le respondió, mirándole a los ojos directamente.

—Bueno, bueno. Correré el riesgo, mujer. Me llamo Adolfo —dijo cortésmente—. ¿Y tú?

Amparo pronunció su nombre y un torrente de lágrimas acudió salvajemente a sus ojos.

—¡Pero mujer! ¿Qué te ocurre? No puede ser tan grave, algún disgustillo en casa. ¡Pues lo de todos!

—Es más que un disgustillo —confesó Amparo con voz temblorosa.

—Ya, ya me figuro. Solo quería quitar importancia a la situación. —Él la miraba con ternura, como intuyendo lo que ocurría y lo que aquella mujer estaba a punto de contarle.

Ella miró a través del cristal del pequeño café y revolviendo con la cucharilla el café con leche de la taza que tenía frente a ella, comenzó a sollozar. Él le sujetó la mano en un gesto de cariño, esperando escuchar su voz temblorosa.

—No sé qué hago aquí sentada con un extraño. Me siento tan ridícula...

—Hace unas semanas que te observo. Siempre tan solitaria, con tu libro en esta mesa. Se te ve tan bonita, tan especial... —Adolfo estaba fascinado con aquella desconocida a la que se había acostumbrado a observar. Le preguntó al camarero cuándo acudía ella al bar y, desde que le dijo que iba durante media hora por la mañana y otro tanto por la tarde, todos los días asistía para contemplarla.

—No me digas que me has estado observando, ¡pero qué tonta soy! ¡Yo ni siquiera te he visto!

—No me extraña, siempre inmersa en la lectura de tu libro... Por cierto, ¿qué lees? Debe de ser muy bueno para captar tu atención de esa manera —repuso Adolfo con creciente interés en su voz.

—Estoy leyendo a Jardiel Poncela, me encanta el teatro.

—Vaya, ¡no me digas! ¡Pero qué feliz coincidencia! ¿Me vas a contar de una vez lo que te ocurre? Porque, oye... a ti te pasa algo. Todas las mañanas te veo con tu carro de la compra y una cara de señora de tu casa. Hoy en cambio te veo con una maleta pequeña y nueva.

—¿También te has fijado en que es nueva? —se sorprendió Amparo sin poderse creer que estaba hablando de esa forma con un extraño.

—No solo eso, he llegado a la conclusión de que tienes la maleta guardada desde hace ya algún tiempo. ¿Me equivoco? ¿A qué no? —Él le sonreía, esperando apaciguar aquel manantial de lágrimas—. También me he fijado en que, normalmente, nunca estás más de media hora y hoy no tienes prisa en irte. Vas a llegar tarde a donde quiera que vayas.

—Ya llego tarde. ¡Llego muchos años tarde! No te equivocas, todos los días antes de ir a mi oficina paso por aquí media hora y, cuando salgo de trabajar antes de llegar a casa, hago lo mismo. Media hora, solo media hora. Tomarme un café tranquilamente, relajada y leer un rato. En mi casa es imposible, entre los niños y Pedro...

—¡Ya! Eso me parecía a mí, que esta mesa es tu refugio. ¿Te imaginas cuántas cosas se habrán hablado aquí? ¿Me vas a contar qué te pasa de una vez, mujer? Me tienes en ascuas.

—No sé si quiero volver a mi casa hoy.

La frase de Amparo salió pesada y lacerante de sus labios, como empujada por un vendaval a través de aquel túnel oscuro de su boca.

—Entiendo. Una discusión familiar —supuso él.

—No, no. Nada de eso, al contrario. Pedro y yo no discutimos nunca, no procede dado nuestro nivel cultural. Nunca hemos discutido por nada. Total, él acaba saliéndose con la suya, yo soy quien cede todas las veces. Yo, yo, siempre yo... Siempre en último lugar.

—Ya, y la cosa ha explotado hoy.

—Mi marido tiene un lío con su secretaria, lo típico. Aunque, eso no es lo que más me importa, si te soy sincera. Hace tiempo que lo sé, finjo no saber nada. Él se piensa que soy boba. Me tiene por una consentida. Para él, todo lo que me importa son tonterías. Mis cosas de niña,

como siempre me dice. Ya me he acostumbrado a que me ignore. A decir verdad, cuando llega la noche estoy tan cansada que casi es un alivio para mí el hecho de que para mi marido sea invisible. No sé si me entiendes... —le explicó Amparo.

—Te entiendo perfectamente —contestó Adolfo—. Me suena un poco... Después de todo, no es tan disparatado. ¿Qué te ha hecho plantearte tu vida? —preguntó él a la vez que jugueteaba con el sobrecillo de azúcar.

—¿Qué que me ha hecho plantearme mi vida? Pues todo y nada. Darme cuenta de lo vacía que me siento. Todos los días miro a esas personas de ahí fuera y me parece que son libres. En cambio yo, a este lado del cristal, me siento atrapada. Parecen felices. No sé a dónde se dirigen, pero se les ve tan serenos... Tienen un propósito, algo por lo que luchar.

—Tú también tienes algo por lo que luchar. Dos hijos son mucha lucha.

—Mis hijos le hacen más caso a su padre que a mí. Yo siempre soy la mala: no comáis esto, arreglad vuestra habitación, estudiad. Él les consiente todo lo que yo no les dejo hacer. ¿A quién quiero engañar? Los hijos son egoístas por naturaleza. Hoy me he levantado antes de hora y me he visto vieja y sola. Es como si, de pronto, mis hijos se hubieran hecho mayores y cada uno hubiera tomado su camino. Ya sé que puede parecer una excusa egoísta por mi parte, pero lo siento así.

—Entonces, decidiste que ya era hora de tomar las riendas de tu propia vida, ¿no es eso?

—Algo parecido. De repente eché de menos a Poncela, el olor de los libros usados, la compañía de alguien a mi lado escuchándome contar alguna noticia que he leído en el periódico. La risa de alguien mientras me mira y me dice lo guapa que soy.

—Es verdad, eres guapísima.

—No te burles de mí.

—No, lo digo en serio y me pareces una mujer muy interesante. También muy enigmática, para qué te voy a engañar. ¿Por qué no te vienes conmigo? —propuso Adolfo con seguridad en la voz.

—¿Estás loco? ¡Pero si hasta debería hablarte de usted! Nos acabamos de conocer.

—Sí, pero intuyo que eres una persona excepcional. Otra en tu lugar, ya hubiera hecho una tontería. En cambio, tú sabes lo que tienes que hacer, pero estás midiendo las consecuencias de tus actos. Eres una mujer prudente. Yo nunca he estado con una mujer así en toda mi vida—Adolfo pronunciaba estas palabras no solo con tristeza en la voz, también con una enorme sombra de pesar en sus ojos.

—¿Vives aquí? —preguntó Amparo con curiosidad, una curiosidad que cada vez crecía más y más. A medida que iba hablando con aquel desconocido se daba cuenta de que se sentía a gusto a su lado.

—Vivo en la capital. He venido porque me gusta mucho la ópera. La primera vez que vi *Turandot*, de Puccini, me encontraba en Viena, y la verdad es que me encantó. He visto que, en este pueblo, con motivo de la inauguración del nuevo auditorio, una compañía representaba *Turandot* y me he dicho: «¿Por qué no? ¿Por qué no pasar unos días de descanso y de paso ver de nuevo la representación de esa ópera?». La pintan muy bien, ¿sabes? Tiene una crítica excelente esta compañía. A veces pasan por delante de nosotros talentos que desconocemos. Me atrevo a decir que no conoceremos nunca si son tan buenos o más que las personas que ya están encumbradas.

—Veo que eres un hombre culto. A mí me fascina la cultura. El teatro, la ópera, la pintura... Pero, sobre todo, la literatura. —Amparo despedía serenidad y dulzura en la voz, como si hubiera vomitado parte de toda la ponzoña que tenía en su interior.

—A mí, de Poncela hay una obra que me gusta mucho —dijo Adolfo esperando ver la

reacción de Amparo.

—¿No será *Cuatro corazones con freno y marcha atrás*?

—Esa me gusta, pero mi obra favorita suya es *Yo me bajo en la próxima ¿y usted?* Me pareció fascinante. Fui a verla al teatro y entre los actores que la representaban estaba Concha Velasco. ¡Vaya pedazo de actriz!

Se hizo el silencio entre esas dos personas que se acaban de conocer. Él la miraba a ella y ella observaba cómo nacía la mañana en aquel día mortecino.

—Lo peor de todo es que ya no sé hacer otra cosa más que lo que hago. Creo que me aterra no volver a mi rutina diaria y, sin embargo, necesito un respiro. Qué contrasentido, ¿verdad? — Amparo sabía que él la entendía, comprendía lo que ella decía y, sin embargo, se acababan de conocer—. Fíjate en este café. Qué sitio más pequeñito, más acogedor. Los platillos, alineados en la barra esperando a ser usados en el desayuno; las cucharillas, junto a los azucarillos de la taza; el vapor de la maquinaria, ese olor tan rico a café recién hecho. Ya sé que es un pequeño bar. Pero, sin embargo, es como un trocito de mi vida, es mi refugio. Cuando salgo de aquí me siento indefensa ante la vida, ante mi vida. Aquí sueño y vuelvo a revivir durante media hora por la mañana y otra media hora por la tarde.

—Creo que eres encantadora, ¿lo sabes? ¡Lucha por lo que quieres! También te mereces ser feliz, no tienes por qué renunciar a tus hijos. Ellos lo entenderán. No al principio, pero tarde o temprano lo harán. Algún día les explicarás lo infeliz que fuiste al lado de su padre y lo que has aguantado por estar con ellos. Lo entenderán. Lo harán ¿me oyes? —Adolfo estaba convencido de que aquella mujer debía cambiar de vida o poco a poco se moriría de tristeza.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Pues claro —accedió él sujetándole las temblorosas manos—. Acompáñame a casa, por favor. Acompáñame a casa, no tengo fuerzas para ir sola. Tengo que volver, pero no tengo fuerzas.

Y así fue como Amparo volvió a su monótona vida, junto a un marido que hacía mucho que ya no la quería y unos hijos que crecían egoístas y mimados, como si ellos fueran el centro de atención de todo el mundo. Su padre les enseñaba que debían ser así, que eran superiores a la mayoría de chicos de su edad. Amparo siguió trabajando para su jefe como siempre, como tantos años, siguió acudiendo al pequeño café de barrio...

Siguió mirando pasar la vida ante sus ojos. Al llegar a casa después de una dura jornada de trabajo, le esperaba la siguiente, la de casa. Estaba cortando tomates para preparar una ensalada de tomates con cebolla. Comenzó a pelar la cebolla y se dio cuenta de que lloraba sin parar. Una vez más se limpió los ojos con un trozo de papel de cocina y comenzó a fregar el cuchillo que había utilizado. Pedro entró en la cocina y le extendió un paquete pequeño que estaba en el buzón. Cuando Amparo abrió aquel sobre marrón, se llevó una mano a la boca. No pudo reprimir las lágrimas. Era un ejemplar de Jardiel Poncela. Su título, *Yo me bajo en la próxima ¿y usted?* Buscó una dirección fuera, en el sobre, pero no vio nada. Entonces pensó en el interior del libro y buscó en él. Colocado a modo de separador encontró un marcapáginas que hacía publicidad a una librería. El dueño era un señor llamado Adolfo. Amparo comprendió que no era feliz con su vida, que sus lágrimas no eran solo por la cebolla de la ensalada y que haría lo imposible porque sus hijos comprendieran lo que ocurría. Decidió que valía la pena arriesgar. Después de todo, no tenía nada que perder y sí mucho que ganar. Se llevó el libro hacia su pecho y, mientras lloraba, aspiró el aroma del papel y la tinta. Se volvió a sentir un poco más viva. Recordó las palabras de Adolfo cuando ella le preguntó: «¿Te gusta la ensalada de cebolla con tomate?». Él la miró fijamente y le respondió: «La odio, no me gusta nada la cebolla».

## Sobre la autora



Encarna Bernat Saavedra estudió Humanidades en la Universidad Jaime I de Castellón. Esta joven escritora valenciana es una apasionada de la literatura. Ha publicado numerosos artículos en diferentes periódicos y sus relatos han sido leídos en la radio. Encarna también ha sido miembro del consejo de redacción de una revista cultural. Embarcada siempre en proyectos literarios, ha ganado varios concursos de relatos. Su primera novela es: El último invierno.

Para que no me olvides (libro de relatos de la autora). Promesas rotas gratuito en Google Play. Su último trabajo en Cocina para Singles. En la actualidad escribe su siguiente novela.

Puedes seguirme o contactar conmigo por:

Facebook: [@encarnabernat](#)

Twitter: [@EncarnaBernat](#)

Web-blog: <http://encarnabernat.com/>

Email: [encaratenea@hotmail.com](mailto:encaratenea@hotmail.com)

Página de autor en Amazon: [Encarna Bernat Saavedra](#)

## Otros libros de la autora

### El último invierno



¿Puede el destino conseguir que vuelva el amor después de la fatalidad?

Irene tiene todo para ser feliz junto a Álex, su marido. La vida les sonríe en todos los aspectos: sus trabajos como profesores de universidad y la pasión que sienten el uno por el otro les llena por completo.

Pero una enfermedad les priva de su único hijo e Irene rechaza la actitud de conformismo y resignación que ha adoptado su marido.

Tras esta situación de desencuentro en su matrimonio, decide poner tiempo y distancia entre ellos y se marcha a Italia después de aceptar un nuevo puesto en la Universidad de Florencia: será la profesora sustituta de la asignatura Historia del Arte.

En busca de un poco de calma y orden en sus sentimientos, descubrirá que la vida aún no ha dejado de sorprenderla. Una enigmática estudiante y un vendedor de libros antiguos acapararán la atención de Irene, pero el pasado volverá a ella produciendo de nuevo un inesperado giro en su vida en Florencia cuando la estabilidad parecía volver a su ser.

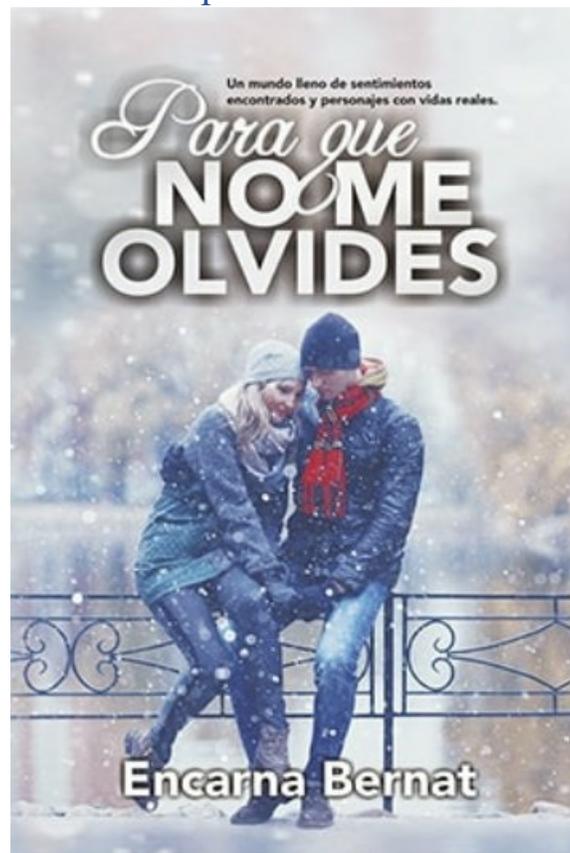
Una tarde lluviosa, mientras Irene toma un café mirando a través de los ventanales, comprueba que, en mitad de la calle y bajo un gran paraguas, hay una figura que la observa. Cuando descubra de quién se trata, Irene tendrá que decidir cómo continuar su vida, pero esta decisión también influirá en las de los demás protagonistas.

## Promesas rotas



Este libro es un avance del libro de relatos “Para que no me olvides”. Promesas rotas son relatos de amor, donde coincidirán personajes muy reales entre sus páginas. Gratis en Google Play.

## Para que no me olvides



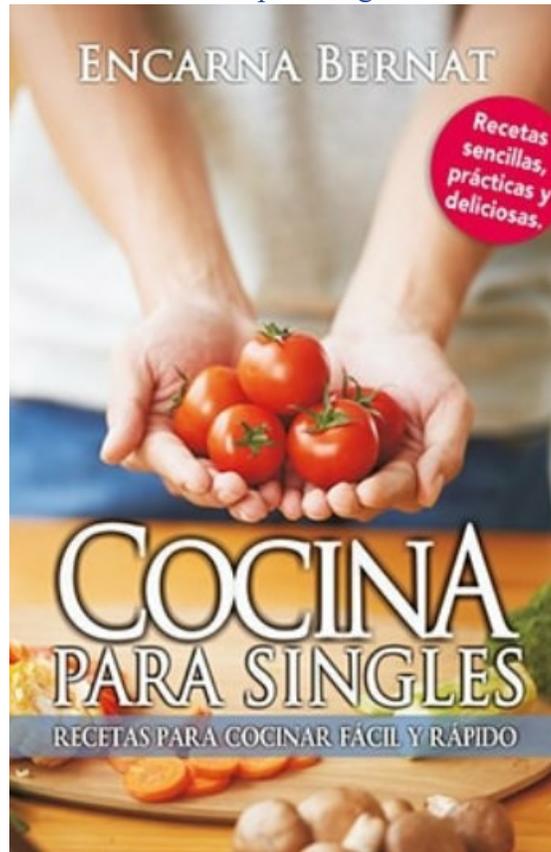
¿Puede una persona volverse loca por amor? La señorita Julia vieja maestra de pueblo, espera a su gran amor que marchó a la guerra; una vieja cafetería en Viena es testigo de la nostalgia del pasado; John y Sophie van a ser papás pero, la vida les golpea y empaña esa felicidad; el recuerdo de un París de adolescentes, una historia recordada por sus protagonistas; un amor verdadero que se reencuentra a través de los siglos; la melodía de una canción que devuelve la memoria por unos minutos; un amor de película que sus protagonistas nunca olvidaron, Roma y el destino volvió a reencontrarlos; la señorita Amalia recordada injustamente como la loca del pueblo; la insulsa vida de una dependienta que no puede escapar de su asfixiante vida; el dolor de una madre que pierde injustamente a sus hijos; el amor incondicional de una hermana...

Estos son algunos de los protagonistas de historias en las que el destino cambiará los planes que tenían para sus vidas. Personajes humildes o de gran prestigio, escenas rurales o cafés en ciudades de Europa, incluso la mezcla de la realidad y la fantasía, tienen cabida en este libro con sus sorprendentes relatos. La vida no es justa. Muchas veces se pierde en esa partida de ajedrez llamada vida, otras veces se gana y se pierde al mismo tiempo. Los protagonistas de este libro, son tan reales que a veces cuesta no reconocer en ellos a alguien conocido.

Para que no me olvides es un libro de relatos con un tema transversal: el amor. También está muy presente la pérdida, en toda la extensión de la palabra. En diferentes escenarios se desarrollan las vivencias de aquellos que en su corazón albergan un sentimiento hacia otro ser, ya sea ternura, añoranza, felicidad o incluso dolor. Todas son distintas manifestaciones de amor a través de una

narración que cuenta cómo vidas, en principio anónimas, tienen su propia historia y se descubre otra alternativa, otra manera de continuar su existencia. Pero ¿siempre es así? ¿Puede ocurrir que la muerte sea precisamente una opción para seguir viviendo?

## Cocina para singles



¿Se puede cocinar de forma sencilla y rápida? Descubre prácticas recetas de cocina que te harán la vida más fácil. En este libro encontrarás una guía muy útil y sencilla para enseñarte a cocinar sin quitarte tiempo. En la actualidad, solemos ir muy estresados y, por ello, “Cocina para singles” te ayudará a quedar bien con tus invitados.

Aprenderás a cocinar de manera rápida platos sanos, con pocas calorías, y en la mayoría de ocasiones, no te supondrán mucho esfuerzo. Un recetario, muy indicado para personas que trabajan y no quieren perder su tiempo elaborando costosas comidas, que les obligan a pasar horas en la cocina. Ideal para jóvenes universitarios siempre ocupados con sus estudios, personas que viven solas y gente, en definitiva, que no cuenta con mucho tiempo, este es su libro. En su interior descubrirás recetas deliciosas, sencillas y de fácil elaboración, consejos culinarios para aportar a tus platos un toque que los diferenciará del resto.

Con este libro disfrutarás cocinando.

Gracias por el tiempo que has dedicado a leer este libro. Si te gustó y lo has encontrado útil, te estaría muy agradecida si dejas tu opinión en Amazon. Me ayudará a seguir escribiendo. Tu apoyo es muy importante. Leo todas las opiniones e intento dar un feedback. Si quieres contactar conmigo aquí tienes mi email:

[encaratenea@hotmail.com](mailto:encaratenea@hotmail.com)